

ES NECESARIO SEGUIR HABALANDO SOBRE LA FORMACION DE LOS ANALISTAS

CLAUDIA LUJAN
OCTUBRE 2013

La formación de los analistas es razón de escuela; y si es necesario seguir hablando sobre ello es porque es un tema que no se agota.

Voy a comenzar con una afirmación que muchos de los presentes compartimos: No hay formación sin lazo social entre analistas. Es por eso que para llevar adelante nuestra formación nos agrupamos, creamos asociaciones, instituciones, fundamos escuelas. Los otros se nos tornan imprescindibles.

Intentaré desplegar algunas preguntas que orientaron mi desarrollo.

Sabemos de la importancia del encuentro con otros; de las transferencias que allí se despliegan posibilitando el trabajo y la producción... pero, por otro lado y acordando con los dichos de Moustafá Safouan, el psicoanálisis parece resistir a la institucionalización. ¿Qué ocurre en las asociaciones psicoanalíticas con el lazo social?

Como me encuentro inmersa en un trabajo de escuela, no puedo hablar sino es tocada por esa experiencia.

Comencemos por el principio: Sabemos que un analista surge de su análisis, condición a esta altura incuestionable. Sólo quien ha atravesado la experiencia del inconsciente puede dirigir a otros por esa misma experiencia hacia la verdad que cada sujeto porta. Como también sabemos que va a depender del análisis del analista, su formación y su posición; no sólo respecto de la clínica, sino también su posición política en la escuela.

No hay analistas sin psicoanálisis.

Lacan define al psicoanálisis como “el tratamiento que se espera de un psicoanalista”¹ y afirma que **es el primero, es decir, el psicoanálisis, el que decide la “calidad” del segundo; es decir, el psicoanalista.** Entiendo que se enuncia allí algo de su preocupación por la formación de los analistas y de la transmisión del psicoanálisis; y en algún punto, la comparto; se trata de una cuestión que no cesa de no inscribirse.

Arrancamos con un problema. Como el viejo dilema del huevo o la gallina. Sin psicoanálisis no hay analistas; sin psicoanalistas no es posible la transmisión del psicoanálisis. No hay salida...O quizá la salida sea pensar que entre psicoanálisis y psicoanalistas existe una continuidad moebiana.

Entiendo que, es fundamental, en este punto, el modo en cómo cada quien sostiene y transmite el discurso del psicoanálisis. Ya Lacan advertía que el

¹ Jacques Lacan “Situación del psicoanálisis y la formación de los psicoanalistas en 1956”-

psicoanálisis es algo que no se transmite como cualquier otro saber. Tiene sus particularidades en tanto se anuda a un deseo.

Tomaré dos afirmaciones Lacanianas:

Un analista surge de su formación, y por lo tanto, se autoriza de sí mismo. Por otro lado, y como mencionaba anteriormente, son imprescindibles los otros, porque esa autorización es necesario que sea, a su vez, ante algunos otros.

Que un analista surge de su formación y que se autoriza de sí mismo, habla del tiempo del análisis del analista, de los tiempos y las particularidades de un análisis; ahora que el analista se autorice ante algunos otros, habla de cómo el analista da pruebas de su formación ante otros, ante la institución, ante la escuela. Y en este “dar pruebas” también se entrama una posición ética y política respecto del discurso del psicoanálisis.

El dispositivo analítico ofrece un nuevo modo de lazo social, sostenido en un discurso novedoso. En todo discurso el sujeto se determina entre significantes, tensionado entre el deseo y el goce. Es decir que cuando hablamos, lo hacemos habitados por un deseo y atravesados por una singular modalidad de goce, y es con eso con lo que vamos al encuentro con el otro.

Es allí, en el lazo social, donde desplegamos el modo particular de relación al otro -Otro, semejante, prójimo-, otro con el que cada uno tiene que vérselas. Esto en un análisis se juega en transferencia, y en el mejor de los casos será leído, e interpretado.

Ahora, ¿qué pasa cuando esto aparece en la extensión, en esta otra escena, la pública, en la escuela, con estos otros que, por momentos, toman una consistencia demoledora? ¿Qué es lo que resiste?

La historia del psicoanálisis da sobradas pruebas de lo difícil que le ha resultado a las organizaciones psicoanalíticas sobrellevar este escollo que implica el encuentro con el otro; el modo particular de hacer lazo.

Algunos escritos nos orientan para pensar que ocurría en aquellas épocas con la formación de los analistas.

En: “Situación del psicoanálisis y la formación de los psicoanalistas en 1956”; Lacan realiza una especie de sátira, para describir el lazo social y el modo de organización en la que se sostenía la IPA. Las “Suficiencias”; los “Zapatitos”; los “Bien Necesarios” Y las “Beatitudes” (bautizados de este modo por Lacan) definían los diferentes roles que se encarnaban en dicha institución y determinaban su funcionamiento.

Once años más tarde, en la Proposición del 9 de Octubre del 67, dirá respecto de ésto: “He aquí pues la organización que obliga a la palabra a caminar entre dos muros de silencio”. Es decir que las jerarquías que de este modo se establecían, obstaculizaban el despliegue de la palabra y por ende la producción.

Continuará diciendo que “Hay solidaridad entre el atascamiento, hasta en las derivaciones que muestra el psicoanálisis, y la jerarquía que en él reina”.² Pone el acento en el problema que acarrearán las jerarquías y la estructura piramidal de la IPA en ese particular modo de institucionalización, dando lugar a los más desbastadores efectos de grupo.

Tiempo más tarde Lacan escribirá su “Proposición” ofreciendo una “solución al problema de la sociedad psicoanalítica”³ “donde deja asentados los lineamientos para una estructura institucional que “asegure” y “garantice” la formación de los analistas”. Hablará de “estructuras aseguradas en el psicoanálisis”⁴ y de “Garantizar su efectuación en el psicoanalista.”⁵

Lacan arriesga una solución a través de la distinción entre Grados y Jerarquías.

Y así propone dos maneras de que una escuela garantice formación:

El grado de AE como aquel que puede testimoniar sobre los problemas cruciales del psicoanálisis; es decir sobre qué produce un análisis y qué es el final de un análisis;⁶ y grado de AME, que desarrollaré a continuación.

Algunos años más tarde Lacan recién hablará de nominaciones.

Me interesa tomar, fundamentalmente, la figura del **AME** en una escuela de psicoanálisis, en tanto lo que está en juego son las garantías de “**formación suficiente**” que la escuela ofrece.

Si los grados vienen a resolver el problema de las jerarquías -necesarias en la conducción de toda institución-; ¿qué ocurre entonces cuando los grados no están instituidos? ¿Volvemos a los Zapatitos, las Suficiencias... etc.?

Se hace entonces sumamente necesario instituir las Nominaciones de AME en una institución que dice llamar escuela... pero, nuevamente, las resistencias.

Entonces surge otra pregunta: ¿cómo estas letras –AME- impactan en la escuela, en el lazo social?

Ahora, la cuestión es que si bien Lacan propuso los grados para **agujerear** a las jerarquías, siempre algo resta. No hay complementariedad, por lo cual las nominaciones traen también aparejados otros problemas, que nos toca abordar a nosotros.

² Jacques Lacan “Situación del psicoanálisis y la formación de los psicoanalistas en 1956”-

³ Jacques Lacan, “Proposición del 9 de Octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela”

⁴ Jacques Lacan. “Proposición del 9 de Octubre de 1967 sobre el Psicoanálisis de la escuela”

⁵ Ibid 4

⁶ Ibid 4

¿Por qué las nominaciones han sido históricamente motivo de conflictos?, conflictos que han provocado renuncias; escisiones; rupturas.

La **Nominación de AME** es el reconocimiento que la escuela da a la formación suficiente. Es el punto donde la escuela garantiza que un analista surge de su formación”, y lo garantiza porque ese analista ha dado **pruebas suficientes** de formación, de compromiso con el psicoanálisis, con la transmisión. Se trata de un traspaso de la práctica del ámbito privado, a la escena pública. La nominación de AME es el resultado de la operación de autorización del analista.

Lacan se referirá a las Nominaciones de las siguientes maneras:

La nominación es la única cosa de la cual estamos seguros que hace agujero.

La nominación es el cuarto elemento.

Ahora bien, si la Nominación agujerea, anuda y modifica, esto sólo puede saberse a posteriori. Sólo a posteriori sabremos si hubo acto o no de nominación; como ocurre en un análisis con el acto analítico.

Es decir, es necesario que la Nominación sea apartada de su pregnancia imaginaria para que se anude a un acto de nominar. Nominar no es nombrar. Sólo podemos saber que algo operó como acto por los efectos que ello produce. La nominación es efectiva si el grado que otorga hace un camino por donde puede cuestionarse lo consagrado de las jerarquías.

Al no dar lugar al acto, la nominación termina siendo una distinción, una medalla, un título.⁷ Esto es lo que se juega en el imaginario institucional; imaginario que al no estar anudado a una ley, a lo simbólico, deja sin marco a lo real que atañe a la formación de los analistas. La pregnancia imaginaria termina afectando profundamente al lazo social. Es por ello que se torna imprescindible instituir las nominaciones en la escuela. En ese punto la nominación es cuarto nudo.

Una escuela de psicoanálisis **debe** dar garantías de formación suficiente. Y como dice Lacan en sus escritos, “No hay suficiencia mayor o menor; se es suficiente o no se es”⁸. Y podría agregar, la garantía no se busca, se encuentra.

Es necesario, en este punto, aclarar que la formación de los analistas no tiene que ver con un cúmulo de conocimientos sobre la teoría psicoanalítica; no se trata de obedecer mandatos superyoicos en pos de un saber sin agujerear. Si bien, es necesario el trabajo con los textos y los conceptos, la formación teórica no causa un analista.

Tampoco tiene que ver con los años de análisis del analista, no se trata de una cronología, de una sumatoria de tiempo, sino de las operaciones lógicas que en ese análisis se han producido, los efectos que ello ha tenido en la economía de goce del sujeto, y cómo esto se lee en la enunciación de quien habla.

⁷ Mariel Alderete de Weskamp “Nominaciones, síntoma, Sinthome” Mayo 2009.

⁸ Jacques Lacan “Situación del psicoanálisis y la formación de los psicoanalistas en 1956”-

La formación tampoco se sostiene en la supervisión de la clínica, en el qué hacer con los pacientes; sino en un saber hacer, producto de la permanente interrogación por el deseo del analista. En la necesidad de formalizar lo que ocurre en lo real de la clínica. Si el análisis de control es necesario, lo es en el punto en que el analista se lee en sus formaciones del inconsciente; en lo que se repite, lo que hace serie; en los tropiezos, en su enunciación.

La lógica del psicoanálisis es subversiva en este punto. No hay títulos, ni diplomas, ni certificados, ni medallas que califiquen la formación de los analistas. Dicha formación es un **hecho de experiencia** que se anuda al trabajo de escuela, y que sólo puede leerse a posteriori.

Sólo otros analistas, en el marco de la legalidad que dan los dispositivos de escuela; (jurado) en un trabajo minucioso sobre las producciones de los miembros, podrán decir que allí se lee formación suficiente. La formación suficiente se lee. Se lee en la enunciación y el estilo propio del analista.

Cuando digo que un analista da pruebas de los tiempos de su formación ante otros, lo entiendo como un proceso que obedece a las leyes del inconsciente. No es que de pruebas porque quiera; o porque alguien se las pida. No da pruebas porque es lo que corresponde, o porque es condición necesaria por sí misma. Da pruebas porque no puede hacer otra cosa. Porque lo que transmite está más allá de su voluntad. Porque lo que se transmite es un deseo, y cómo ese deseo se juega cada vez, en la intensión y en la extensión, con la transmisión. Y eso tiene efectos en los otros. Por eso es necesario que haya otros. Porque un analista no puede portar su saber solo, necesita dar una tramitación al goce que pueda emerger en su práctica.

Los analistas necesitamos hablar con otros, intercambiar, discutir. Sabemos de los efectos de la palabra. Creemos en el inconsciente. Sabemos que solo a través de la palabra, en el despliegue del discurso, se puede producir alguna lectura que posibilite la tramitación al goce en el que se sostiene el síntoma; y con eso estamos todos en la escuela.

Sólo a través de la palabra el sujeto se efectúa como tal, decíamos; y es necesario poder tomar la palabra. Allí también se juega la autorización que sólo posibilita el análisis. Tomar la palabra para que las mismas no queden "amuralladas". Se trata de un acto **político** del sujeto; hablar y correr con los riesgos que eso implica. A ello llamo autorizarse.

Lacan inventó dispositivos para la formación –Cartel, Seminario y Pase- y con ello introduce una legalidad que afecta al conjunto. Dispositivos que fundamentalmente, propician la palabra. Dan lugar para que, quien quiera y se autorice, hable.

¿El lugar del AME en la escuela será también un lugar propiciatorio para la palabra?

En el caso particular de nuestra escuela dio que hablar. Y vaya si dio que hablar! Incluso se habló de más. Cosa que suele ocurrir. Pero de todo lo dicho, lo único que pudo aportar algo productivo fue lo dicho en el marco de los

dispositivos, de manera regulada, con el propósito de que sea el trabajo el que posibilite alguna salida al escollo de las nominaciones de AME, respetando las legalidades de los documentos institucionales, y de la ética que nos rige. La palabra en los pasillos siempre suele quedar amurallada, entre “muros de silencio”. Y eso sabemos, lleva a lo peor.

El lugar del AME pone a la escuela a hablar. Cuando Lacan se refería al AME como síntoma entiendo que se refería a que en tanto tal encierra un enigma, una verdad inconsciente sobre un real, -el de la formación-, que es necesario que se ponga a hablar. Las nominaciones traen aparejadas el conflicto y el malestar que posibilita el despliegue de la palabra. No queda otra.

Para finalizar tomo una cita de Ricardo Estacolchic que me pareció oportuna en función del título de mi trabajo. “Los analistas nos encontramos casi a cada momento con las insuficiencias de nuestra formación”. La formación queda atravesada por una falta radical y es sobre eso sobre lo que volvemos cada vez, y así producimos y así mantenemos vivo al psicoanálisis.